

MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO PRELADO, PASTOR Y PADRE EN EL GOBIERNO DEL OPUS DEI EN SUIZA

*Mons. Agustín López Kindler**

Se ha solicitado de mi una comunicación sobre la prudencia de don Álvaro en las tareas de gobierno. Mi testimonio en este sentido no pasa de ser una modesta aportación en un tema que trasciende el pequeño horizonte en el que la Providencia ha determinado que trascurriera mi vida durante los años 1975-1994 en los que el sucesor de san Josemaría dirigió el Opus Dei.

No descubro nada nuevo si comienzo mi aportación recordando que la prudencia, en cuanto virtud cardinal, está presente en todos los actos de una persona santa; esta presencia es más palpable aún si se tiene en cuenta que precisamente la prudencia –en cuanto *auriga virtutum*, como se la califica tradicionalmente– tiene por objeto el bien tal como se presenta a la razón. A este nivel filosófico se puede hoy seguir diciendo con Aristóteles que es la *recta ratio agibilium*, mientras que en un plano moral se suele definir como «una disposición racional verdadera y práctica respecto de lo que es bueno y malo para el hombre».

* Vicario Regional del Opus Dei en Suiza durante los años 1973-2002.

En la consideración moral de la prudencia es asimismo conocido que el fin que se persigue juega un papel decisivo a la hora de distinguir esta actitud virtuosa de otras que no lo son, como la astucia o el dolo.

De otra parte se sabe también que en esa práctica virtuosa se suelen distinguir tres actos diversos que en conjunto forman un proceso en el que cabe distinguir tres fases:

La reflexión, el juicio y el mandato. La reflexión prepara el acto del juzgar. Pero el juzgar mismo todavía no lleva al actuar. Prudente es solo quien hace también de hecho lo que es recto y oportuno. Es decisivo, por tanto, el mandato de obrar, un verdadero *imperium* o *praeceptum* de la razón práctica. En palabras del Prof. Rodríguez Luño, la prudencia es la virtud de la función de imperio de la razón práctica que determina inmediatamente la acción¹.

También se pueden y se suelen distinguir especies en el ámbito de esta virtud, en el sentido de que existe una prudencia en el campo del actuar individual y otra en el campo de determinados contextos sociales –por ejemplo, la familia o una sociedad superior, ya sea civil o eclesiástica.

Si esto lo aplicamos al sujeto de nuestra reflexión, es decir a monseñor Álvaro del Portillo, yo no me considero en condiciones de aventurar nada respecto a sus disposiciones interiores y ni siquiera al fin que tenía ante los ojos al adoptar decisiones. Sí puedo presumir que le movía exclusivamente la gloria de Dios y el bien de las almas y que le he visto actuar como Prelado de la Obra, como pastor de los fieles de la Prelatura y como Padre de las almas que Dios le había confiado. Apoyo esta afirmación en lo que se dice ya desde los años cuarenta sobre él en su perfil cronológico espiritual: que en las tareas de gobierno que san Josemaría le encargó demostró siempre una gran prudencia sobrenatural².

Yo le he vivido en esas funciones a las que he aludido –Prelado, Pastor y Padre– durante los años en que estuvo al frente de la Obra y por tanto he sido testigo de cómo vivió algunos aspectos de la prudencia, partes potenciales de la misma, según la formulación clásica.

¹ Cfr. A. RODRÍGUEZ LUÑO, *La scelta etica. Il rapporto fra libertà e virtù*, Ares, Milán 1988, p. 83.

² Cfr. *Perfil cronológico-espiritual del siervo de Dios Álvaro del Portillo, Obispo y Prelado del Opus Dei*, preparado por la Oficina de las Causas de los Santos de la Prelatura, Roma 2002, p. 110.

Pero antes de entrar en las diversas situaciones en las que he sentido el poder benéfico de las intervenciones de don Álvaro debo describir en grandes pinceladas el paisaje –realmente idílico en lo que respecta a la belleza natural, mas conflictivo a nivel eclesial y cultural-religioso– de la confederación helvética. El panorama de la Iglesia en Suiza que yo viví a partir de los primeros años setenta del siglo pasado, en que fui a trabajar allí y en el que he vivido desde entonces por un espacio de más de cuarenta años era, al menos en la superficie, muy diferente al que se aprecia hoy, cuando se ha generalizado un clima de bonanza en el que cada uno procura mostrarse simpático y tolerante. Entonces –hablo de hace cuarenta años y, por supuesto en la presencia de Dios y sin faltar a la verdad y a la justicia– el clima que se respiraba era crítico a todos los niveles. A simple vista se detectaba en cualquier ambiente una crisis profunda de fe y una falta, que podía calificarse de instintiva, de unión con Roma.

El sentir de sacerdotes, asistentes pastorales y catequistas se había hecho ya patente en muchas de las recomendaciones a la jerarquía del país contenidas en los doce documentos emanados del llamado Synode 72³, una asamblea nacional que tenía como fin llevar a la práctica las directrices del Concilio Vaticano II.

A pesar de que Roma rechazó abiertamente la iniciativa de formar un consejo pastoral nacional en 1977, se abrió paso el llamado Foro Pastoral interdiocesano con vistas a fomentar la democratización y corresponsabilidad en el gobierno de la Iglesia.

Estos principios se plasmaban en expresiones programáticas, como éstas:

1. La fraternidad es el único principio básico para la estructura interna de la Iglesia (Sínodo 72, 4, 2.2.1).
2. Los fieles son libres y están sometidos a normas solo en cuanto las reconocen como procedentes de Cristo y por tanto vinculantes en conciencia (*Ibidem* 4, 2.2.2).
3. El derecho de cogestión, con voz activa y pasiva dentro de la Iglesia, debe ser institucionalizado, a todos los niveles (*Ibidem* 4, 2.2.2).
4. En consecuencia, el fiel tiene derecho a ser escuchado en la elección del párroco, del obispo o en su deposición, tanto directamente como a través de los gremios representativos (*Ibidem* 4, 2.2.3 y 4).

³ Esos documentos se encuentran en la página web de la diócesis de st. Gallen: <http://www.bistum-stgallen.ch/de/335/Synode-72-Bistum-St.-Gallen.htm>.

Con estos precedentes se comprende el estado general de decepción que salió a la superficie de una manera dramática en cuanto se detectó que con san Juan Pablo II la Iglesia universal comenzó a moverse en una dirección contraria a la ilusión que muchos se habían hecho al interpretar el “aggiornamento” propiciado por el Concilio.

Esta decepción se hizo patente en una actitud de protesta de la llamada base eclesial que determinó los penosos incidentes con ocasión de las dos primeras visitas pastorales del Papa a la Confederación en 1981 –Ginebra– y en 1984. Sobre todo en esta última se produjeron situaciones que fue difícil controlar para evitar que se convirtieran en confrontación abierta⁴. A mi modo de ver estaban provocadas por una arrogancia que no exagero si califico de influencia diabólica, puesto que pretendía nada menos que convertir en ley general los abusos que al otro lado de los Alpes se estaban convirtiendo en costumbre inveterada y vinculante.

Las consecuencias de este clima general repercutieron gravemente en la disciplina de los sacramentos, sometidos a abusos inspirados en la ambigüedad de las disposiciones del Sínodo 72 que entre otras cosas sobrevaloran el aspecto social y los derechos del individuo a recibirlos cuando los pide⁵. Los que resultaron más maltratados fueron la Eucaristía –envío de formas consagradas por correo; intercomuni3n con los protestantes– y la Confesi3n: absoluciones colectivas periódicas, con la consiguiente desaparici3n de la forma personal y auricular de recibir ese sacramento.

En estas circunstancias no descubro ning3n secreto si digo que no ya la labor, sino incluso la presencia del Opus Dei en Suiza operaba en una direcci3n opuesta a todas esas tendencias y resultaba un cuerpo molesto para una sociedad bien organizada como es la Iglesia en ese pa3s.

Don Álvaro tuvo ocasi3n de detectarlo desde el comienzo de su mandato y no regateó ning3n esfuerzo con tal de apoyar a sus hijos que trabajábam3s en ese pa3s. Esto tuvo unas expresiones palpables. Ante todo la de su presencia física. Entre mayo de 1978 y noviembre de 1993 se cuentan por docenas las veces que estuvo con nosotros y por centenares las jornadas de trabajo que pasó en Suiza. Para ser exacto, la mañana del día 3 de noviembre de 1993 celebró la última de las setenta y una Misas, que he podido contar, en territorio

⁴ Cfr. J. MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Rialp, Madrid 2012, pp. 576-578.

⁵ Cfr. documento 2 del Sínodo 72 (*vide supra*, nota 3).

confederado, al que viajó cuarenta y seis veces, que nosotros sepamos, y en el que pasó, al menos en parte, ciento diez días de su vida como Presidente General y luego Prelado de la Obra.

Retomo el hilo de mi testimonio para analizar, en la medida en que se deja diseccionar, el papel que desempeñó don Álvaro durante esos años en cuanto Prelado de la Obra, Pastor de los fieles de la Prelatura y Padre de los hijos que Dios y nuestro Fundador le habían confiado, frente a las actitudes tanto de gremios como de personas concretas.

PRELADO

En función de tal , lo primero que le vi hacer en cada situación delicada fue, no digo ya aconsejarse según aquello de santo Tomás⁶ –entre otras cosas porque nosotros no éramos quien para hacerlo–, sino informarse que es lo que hoy se exige de cualquier gobernante responsable.

Lo primero que hacía don Álvaro cuando tenía que intervenir en su calidad de Prelado en las diferentes situaciones en que nos vimos envueltos los fieles de la Prelatura era solicitar de nosotros un informe lo más completo posible de lo que había ocurrido. Esto vale tanto para cuando expulsaron a cuatro numerarios de la Obra que trabajaban como profesores de religión en las escuelas públicas del cantón de Zürich (1979), como para los incidentes que se produjeron con ocasión de las visitas pastorales de Juan Pablo II a Suiza (1981 y 1984), o el nombramiento de un sacerdote de la Prelatura como Rector del seminario diocesano poco después de la llegada de Mons. Wolfgang Haas a la sede episcopal de Coira en los primeros años 90. No puedo dejar de lado un informe general sobre la Iglesia en Suiza que data del año 80 y que redactamos, también a petición suya.

Con esas informaciones actuó algunas veces personalmente y otras a través de directores del gobierno central de la Obra. En la primera de esas ocasiones recuerdo que envió a dos de estas personas –concretamente don Francisco Vives y don César Ortiz de Echagüe, a la sazón laico– con el encargo de entrevistarse, tanto con el vicario general de Zürich, como con el obispo

⁶ «Oportet quod ille sit praecipuus actus prudentiae qui est praecipuus actus rationis agibillium. Cuius quidem sunt tres actus. Quorum primus est consiliari, quod pertinet ad inventionem, nam consiliari est quaerere»: *Summa theologiae*, II-II q. 47 a. 8.

diocesano, que eran los responsables de la enseñanza de la religión en Zürich. En la segunda –tras el viaje del santo Padre a Ginebra–, él en persona se presentó en Berna para entrevistarse con el Nuncio de Su Santidad. Finalmente me consta –porque me lo contó él personalmente– que no dio su *placet* para el nombramiento del rector del seminario sin haberlo consultado previamente con el entonces Secretario de Estado, monseñor Sodano.

A la vez que nos sacaba esas castañas ardientes del fuego, nos enseñaba a ver las cosas con ojos sobrenaturales y nos daba criterio y seguridad. En estos incidentes –que no dejaban de dolernos y llenar nuestros ánimos de perplejidad, dado que tenían que ver con la jerarquía–, una y otra vez nos repetía con toda sencillez, pero con toda claridad: «Vosotros respetad a quienes respetan a Dios nuestro Señor».

Ya desde el principio de esas situaciones el mensaje que nos transmitía era de paciencia y perdón. Recuerdo que en 1980 nos trajo un mensaje que quedó grabado en todos con firmeza: «Perdonamos a quienes nos atacan y rezamos por ellos». Precisamente a propósito de la paciencia le oí el viernes 18 de diciembre de 1981 –en una charla a los miembros de la Comisión regional del Opus Dei en Suiza que duró unos veinte minutos, antes de emprender el viaje de vuelta a Roma– decir de sí mismo más o menos lo siguiente, en plena sintonía con el espíritu de nuestro Fundador: «Yo no tengo que perdonar, porque el Señor me ha enseñado a amar». En esa ocasión, calificándolo como un don de Dios, don Álvaro nos aseguraba: «A mí no me cuesta tener paciencia. No necesito perdonar, porque nadie me hiera». Y añadía, sonriente: «Y cuidado que nos dan palos...!». Era la expresión adecuada, sobrenatural, de su modo de comportarse ante cualquier contradicción, pequeña o grande.

También guardo en el recuerdo cuál era su actitud en esas situaciones tensas con algunos obispos suizos. El lunes 15 de abril de 1985, en un rato de conversación paseando por las calles de Einsiedeln, me dio una muestra de su prudencia en asuntos de gobierno. Pasábamos una temporada de tensión, como consecuencia del viaje del Santo Padre a Suiza en 1984, al que ya he aludido. Después de escucharme, no dejó lugar a ninguna duda: «Hay que ceder –me dijo– en todo lo que se pueda». Y me recordó el ejemplo de nuestro Padre, quien –si no entendí mal– alguna vez había dicho a un obispo que no le importara cortar o rajar por nuestra parte, siempre que le pareciera necesario.

PASTOR. FIDELIDAD AL FUNDADOR

En cuanto pastor de su rebaño el primer rasgo que resaltaba en don Álvaro era su fidelidad al Fundador. Su deseo de serlo en todo le llevaba a velar para que se cumpliera «lo que está mandado por nuestro Padre», como solía decir. Experimenté en muchas ocasiones su deseo de que todo siguiera igual en lo sustancial. Con frecuencia me encargó que, antes de plantear una innovación de cualquier tipo, pusiera todos los medios a mi alcance para mantener lo que se había hecho siempre. Solo con estas disposiciones, me aseguraba en una carta del año 1981, «aumentarán tus deseos de fidelidad y de entrega, y te llenarás de paz y de serenidad, y de santa preocupación para que todas y todos marchemos al unísono, cumpliendo lo que está dispuesto».

RAPIDEZ DE DECISIÓN

A la función de pastor prudente pertenece el desvelo por el bien de las propias ovejas en todos los terrenos: ante todo el espiritual, pero también el material. En todo lo que se refería al gobierno iba por delante tanto en la rapidez de decisión como en la puesta en práctica de lo que había que hacer. Tengo especialmente presente una situación que tiene que ver con instrumentos materiales para realizar la labor. Se me quedó muy grabada la gracia humana y la urgencia con que animó a sus hijas suizas para que se trasladaran a una nueva casa que facilitaría el trabajo de la Asesoría regional del Opus Dei. En muchos de sus viajes, y a través de no pocas cartas y comunicaciones en las que se le hablaba del tema, había comprobado que la casa alquilada, en la calle Susenberg, número 45, en la que estaba alojada desde hacía años la dirección de los apostolados de las mujeres de la Obra en este país, era pequeña e incómoda: como él decía en broma, no pasaba de ser una “casa de muñecas”. Tras muchos años, a su llegada a Zürich el 9 de octubre de 1992, pudimos comunicarle que había surgido la posibilidad de alquilar en buenas condiciones una casa mucho más cómoda, amplia, y además con la ventaja de que estaba colindando con la Comisión regional.

No pasaron unas horas y aquella misma tarde el Padre quiso conocer la casa, la recorrió de arriba a abajo y, convencido de sus ventajas, hizo todo lo que estaba en su mano para que la situación anterior no durara ni un día más: quiso estar con las directoras regionales en esa casa y las animó a que hicieran

el traslado cuanto antes. A partir del día siguiente, la Asesoría funcionó en la casa número 22 de la Restelbergstrasse, donde está situada en la actualidad.

Esta actitud se hacía aún más visible cuando se producía una situación de emergencia, entendiendo por tal cualquier constelación de sucesos que amenazaban la paz o la serenidad de alguno de sus hijos. No puedo olvidar cómo en el clima de tensión que produjo el inminente viaje de Juan Pablo II a Suiza me vi envuelto en una maniobra que procedía –esta vez, no de la parte de los gremios oficiales– de algunos ambientes preocupados por la desintegración de la fe entre el pueblo católico del país. Pretendían que el Opus Dei se hiciera portavoz de sus anhelos restauradores, más precisamente de la vuelta al latín en la Liturgia, así como de algunas otras tradiciones seculares en la Iglesia. La maniobra estaba bien preparada y llegó a nuestras manos –por correo– apenas unas horas antes del inicio de ese viaje. Seriamente preocupados consultamos el asunto por telex –estábamos aún en 1984– y no pasó ni un cuarto de hora cuando don Álvaro en persona llamó por teléfono, me tranquilizó y me ofreció una solución tan sencilla y eficaz que el incidente se quedó en una anécdota intrascendente.

UNIDAD

Otro rasgo muy característico de su función de pastor fue su cuidado de que se viviera en todo la unidad dentro de la Obra. Conocía perfectamente las características diferenciadoras de cada país: no en vano los había recorrido, primero con nuestro Padre y luego sin él –a medida que se iba comenzando la tarea en nuevas naciones– pero eso no le impedía adoptar medidas generales, válidas para todas las naciones, por más que fueran también diversos los grados de desarrollo de la labor apostólica en cada una.

En una reunión de Vicarios regionales de la Prelatura le oí encarecernos que, al recibir cualquier indicación general o particular, antes de considerarnos una excepción o dar por imposible su aplicación en nuestro país, pudiéramos todos los medios y adoptáramos todas las medidas que fueran del caso para ponerla en práctica y nos hacía considerar en las consecuencia que se derivarían de la apertura de cualquier puerta hacia el exterior del marco establecido.

También nos encarecía la unidad entre nosotros, los miembros de la Comisión regional en Suiza. Recuerdo haberle oído, no una sino repetidas veces, que para él las mejores decisiones eran las que procedían de la unidad, aunque no se tratara de la mejor solución técnica, desde el punto de vista de la

oportunidad o la eficacia. Unidad también, perfectamente compatible con la separación física y la autonomía de gobierno, entre los hombres y las mujeres del Opus Dei. Puedo decir que sin excepción su primera pregunta –sobre un proyecto o un asunto de gobierno que afectara de algún modo al trabajo de las mujeres de la Prelatura en este país– era siempre si habíamos contado ya con el parecer de la Asesoría regional.

EL CASO HAAS

Quizás el momento culminante de su intervención como pastor en la situación de este país se produjo en torno al llamado caso Haas.

El 1990 se presentó como un año especialmente conflictivo en la Iglesia y sobre todo en la diócesis de Chur a raíz del nombramiento de monseñor Wolfgang Haas como obispo.

Se desató una verdadera histeria de protesta entre un buen sector del clero, que culminaba en la afirmación calumniosa de que todo lo que ocurría en torno a este asunto estaba manipulado por el Opus Dei. De nada valían comunicaciones de prensa de la oficina de información de la Prelatura o desmentís de los propios involucrados.

Paradigma de esta situación fue la situación del sacerdote Christoph Casseti. Nombrado Vicario General de Zürich, se convirtió en un lugar común, repetido sin excepción por todos los medios de opinión pública, asegurar que era un miembro del Opus Dei. En realidad, ese sacerdote nunca ha participado en ninguna actividad del Opus Dei y el único punto de unión con la Prelatura era la amistad que le une con alguno de los sacerdotes de la Obra.

El punto culminante de esta historia se produjo a finales de mayo de ese año, cuando se hizo público el nombramiento y –una vez pasada la relativa pausa del verano– continuó a partir de septiembre.

A finales de ese mes, el día 25, recibimos una carta de un folio en la que don Álvaro nos hacía una llamada a la serenidad. Llamaba, como siempre, a las cosas por su nombre: «Veo –nos decía– que la han emprendido contra vosotros, utilizando toda clase de mentiras y con armas bajas, personas que se llaman cristianas, o militan en gremios católicos e incluso algún religioso».

Nos hacía ver en toda su hondura la gravedad de la situación y sus consecuencias: «Hijos míos, tan agria provocación no es sólo cosa de hombres, por muy obcecados que estén. El diablo está sembrando su cizaña, aprovechando

las pasiones de unos, la debilidad de otros y manejando los hilos de todo este penoso espectáculo, en el que tanto se echa en falta la caridad de Cristo y el amor a la Iglesia. Los adversarios de Cristo se frotarán las manos porque el daño para las almas puede ser incalculable».

Pero no se quedaba en lamentaciones sino que nos daba la pauta de comportamiento, que era a la vez muy sobrenatural y muy realista. En primer lugar, sobrenatural:

«¿Qué haremos, hijos? En primer lugar, rezar, poniendo por intercesora a Santa María, Madre de la Iglesia, que supo tener bien unidos en la caridad del Espíritu Santo a los primeros seguidores de su Hijo. Rezad mucho a la Virgen por la Iglesia de Dios en Suiza. Ante una situación como ésta, no veo más solución que un recurso urgente y confiado a la *Mater Ecclesiae*».

Después nos hacía ver que no podíamos quedarnos parados, porque eso era lo que querría el diablo. Y, poniéndose él en primera línea, nos exhortaba:

«Hemos de trabajar para que esta campaña no desconcierte a las almas... Ninguno de Casa⁷ se debe quedar callado, sino que ha de sentir la responsabilidad de aclarar, con caridad y con firmeza, la realidad de nuestro servicio a la Iglesia y el error de tantos engaños. Quizá algunos estén tan apasionados que no quieran escuchar. Pero habéis de pensar en tantas personas rectas que, si no se les da a conocer la verdad, podrían quedar desconcertadas ante la agresividad de los que calumnian».

No dejaba de aludir al tema objeto de la controversia y, con toda sencillez, aseguraba que él se había enterado a través de *l'Osservatore Romano* del nombramiento de Mons. Haas y que, de otra parte, nuestra actitud ante el nuevo Obispo «no puede ser sino la de un buen católico: una adhesión firme a quien la Santa Sede ha puesto para regir la Iglesia en ese lugar».

Finalmente nos recomendaba serenidad y no perder el buen humor, para concluir, antes de darnos su bendición llena de cariño: «Poned bajo la intercesión de nuestro queridísimo Padre todo vuestro esfuerzo por aclarar las cosas: y veréis cuánto bien va a salir, para la Iglesia y para la Obra. Meted también a Toni⁸ en todo esto, para que os eche una mano desde el Cielo»⁹.

⁷ Es el modo familiar de referirse a la gente de la Obra.

⁸ Se refería a Toni Zweifel, miembro numerario del Opus Dei suizo fallecido en olor de santidad poco antes de la fecha de esa carta.

⁹ Á. DEL PORTILLO, *Carta del 25 de mayo de 1990*, pro manuscrito.

Aparte de los frutos sobrenaturales que estas consideraciones nos proporcionaron –una oración más constante y una paz interior incommovible–, con una cierta perspectiva se puede hoy ya afirmar que muchas gentes de buena voluntad han comprendido donde radican las dificultades por las que la Iglesia atraviesa en Suiza. Esto no se refleja por desgracia en los órganos de la opinión pública, pero se advierte en el cada vez mayor número de almas que se acercan a los medios de formación que se imparten en los centros –que no han dejado de crecer, sobre todo en estos últimos años– del Opus Dei en Zürich.

PADRE

Pero si esas dimensiones a las que me he referido hasta ahora presentan a don Álvaro como Prelado y Pastor de una extraordinaria prudencia en el desempeño de sus funciones, me atrevería a afirmar que donde más resaltó como persona sabia fue en sus tareas de Padre de familia en el seno de la Obra. Insisto –consciente de que me repito– en que mi aportación en este sentido apenas tiene valor y peso en el conjunto de la trascendencia mundial de su papel, pero al pequeño nivel que yo he experimentado, la actuación del Padre era siempre benéfica.

CONSUELO

Recuerdo a don Álvaro siempre presente cada vez que necesitábamos su consuelo, no tanto en temas de gobierno, en los que su intervención fue siempre positiva y ante todo sobrenatural, como en las situaciones en las que resultaba más difícil encontrar consuelo, como en casos de defunción de fieles de la Prelatura aún jóvenes y con muchos años de vida por delante según cálculos humanos.

El día 6 de octubre de 1979 era el cuarto viaje que hacía a Suiza dentro de ese año y el motivo inmediato fue consolarnos por la muerte del primer numerario que falleció en la región. Wolfgang Redder, un joven médico que contaba apenas treinta años y a quien había saludado y rodeado de atenciones en viajes anteriores, había fallecido en el hospital de Zürich el 18 de septiembre. Apenas dos semanas más tarde y en un viaje relámpago de dos días, que le llevé a Viena y Zürich, quiso rezar ante su tumba.

La misma escena se produjo en diciembre de diez años después, tras el fallecimiento de Toni Zweifel, que no había llegado a los cincuenta y había sido víctima de una leucemia. Con esa ocasión, no solo visitó su tumba, sino que nos aseguró que él era el primero a quien faltaba la ayuda de ese hijo suyo, que hoy se encuentra en vías de beatificación.

En el año que duró la enfermedad de don Augusto Costa –de enero de 1992 a febrero de 1993– don Álvaro se personó varias veces en Ginebra para visitar a ese sacerdote y fortalecer a quienes le atendían.

En esos años no recuerdo ningún enfermo o enferma al que no haya visitado en el hospital, la clínica o incluso el propio domicilio cuando coincidía con una de sus estancias entre nosotros. En una ocasión –ya camino del aeropuerto para tomar un avión– pasó por la casa de Hans Spalek, un supernumerario vienés, ya en estado terminal, que falleció a las pocas horas de haber recibido, junto con su mujer e hijos, la bendición de don Álvaro.

Pero sin llegar a situaciones tan extremas, su figura paternal se nos quedaba muy grabada a todos los que acudíamos a él atraídos por su sabiduría y don de consejo.

SABIDURÍA Y DON DE CONSEJO

Un denominador común de todos mis encuentros y conversaciones personales con don Álvaro en Roma es que se relacionan con situaciones, a veces delicadas, de gobierno que, cuando se presentaban –no era lo habitual, ni mucho menos–, me preocupaban porque no acababa de ver su solución o quería buscarla a un nivel humano, que me parecía el único posible. Sin excepción, encontré después de despacharlo con Mons. del Portillo, no sólo la salida que me hacía recuperar la paz, sino el nivel sobrenatural desde el que debía enfocar el problema.

He relatado ya una de ellas, pero la primera de estas situaciones que recuerdo, en el tiempo, se produjo en diciembre de 1976, con ocasión de una convivencia de consiliarios en Roma, en la que participé. Llevaba muy poco tiempo, algo más de tres años, en Suiza y no había sido capaz aún de asimilar el cambio –“el trasplante”, como lo llamaba san Josemaría– a una cultura que no sólo es que fuera diferente a la mía, por protestante y germánica, sino que además me daba la impresión que en ocasiones reaccionaba de un modo agresivo-despectivo a todo lo mediterráneo y aún más a lo español. El choque,

agravado por el hecho de que la diferencia de desarrollo del trabajo apostólico entre Madrid –donde había trabajado los años anteriores– y Suiza era abismal, había sido brutal. Aunque dedicaba buena parte del tiempo al estudio de la lengua y no podía decir que estaba en paro, tenía la sensación de que había ido a caer en el vacío y había empezado a complicarme con pensamientos del tipo: ¡Quién me habrá metido a mí en este lío!

Don Álvaro se dio cuenta enseguida de la situación y me invitó a una conversación confidencial que tuvo lugar en la sala de comisiones de Villa Tevere, la sede central del Opus Dei en Roma. Lo primero que hizo fue invitarme con una sonrisa a fumar un cigarrillo y a partir de ese gesto recuerdo que todo fue como la seda y fui capaz de expresar todas mis preocupaciones. En primer lugar, me dijo que podía ir a Roma siempre que quisiera; bastaba con que llamara por teléfono para decir: llego tal día a tal hora. Esta sola perspectiva suponía ya un gran alivio psicológico para mí, que tenía la sensación de encontrarme en una especie de trampa hostil, de la que no tenía escapatoria. Luego me animó a ser rezador y muy sincero en la dirección espiritual. Con estos remedios a nivel humano y espiritual, me infundió de nuevo optimismo y visión sobrenatural y salí de allí con la alegría y la seguridad recuperadas.

CAMBIO DE PARECER

El día 3 de enero de 1979 fui testigo de cómo no le importaba cambiar de opinión cuando veía que la realidad imponía una decisión diversa a la que había adoptado. Se trataba de un asunto intrascendente, pero que a mí me parece significativo. A la vista del frío, unos diez grados bajo cero, y el estado de las calles, heladas y peligrosamente resbaladizas, y teniendo en cuenta de que venía de Roma con un calzado muy elegante pero ligero, le propusimos a su llegada, el día anterior, la compra de unas botas de invierno. No le pareció necesario hacer ese gasto, pero después de haber recorrido a pie un trecho largo de camino lleno de nieve, se encontró con los pies helados y húmedos y nos dijo simplemente que aceptaba y agradecía mucho el ofrecimiento que le habíamos hecho. En muestra de agradecimiento por ese detalle de cariño hacia él nos dio la alegría de que a lo largo de los años le hayamos podido acompañar en la compra de calzado de invierno en esta ciudad.

AGUDEZA DE JUICIO: 7 DE OCTUBRE 1993

Ese día había querido don Álvaro mantener un encuentro público, que tendría lugar esa tarde, a las cinco, en una sala de la Casa de Congresos de Zürich. De esa reunión recuerdo con qué intensidad don Álvaro se preparó, recogido en oración durante unos minutos en un espacio que habíamos acotado en el gran vestíbulo de la sala. Era evidente que pedía al Espíritu Santo el don de lenguas para sí mismo y luz para las personas que le escucharían. Era consciente de la dificultad de la “plaza”, por decirlo con una expresión taurina. En parte por la composición del público, en el que había muchos protestantes, y además por el cúmulo de malentendidos que habían contribuido para colocar a la Obra, precisamente en Zürich, en una situación delicada dentro del ambiente “católico-local”. Debió de ser para él una experiencia nueva y desde luego dura, porque al acabar, le oí comentar, algo así como: «¡Qué diferente es esto!». En ocasiones anteriores me había transmitido algún comentario de personajes de curia sobre la gran escasez general de vocaciones en este país desde hacía mucho tiempo, pero él siempre me infundió ánimos, invitándome a soñar en los futuros frutos de una paciente labor de roturación y siembra.

Debo poner el punto final a estas pinceladas que han pretendido describir de un modo insuficiente por su parcialidad la prudencia de don Álvaro como gobernante. A modo de resumen puedo afirmar que era un hombre sabio y que como tal se había puesto en manos del Espíritu Santo, quien sin duda guiaba todos sus pasos al no encontrar en él doblez ni engaño.